

Una perspectiva de la democracia desde María Zambrano¹

Rogelio Laguna

Introducción

No hay una sola perspectiva para abordar la democracia desde el pensamiento de María Zambrano, su perspectiva se transformó conforme cambió su vida. El nacimiento de la república española, la llegada de Franco y los totalitarismos europeos al poder, el exilio que vivió en carne propia, son sucesos que, evidentemente, la hicieron modificar su concepción de la democracia al confrontar la teoría con la historia efectiva.

Si en un primer momento, nuestra autora es optimista respecto a la democracia— y la señala como piedra angular del despliegue de la ciudad y de la persona humana—, años después su visión se torna más pesimista, incluso cuando vivía en un mundo en el que los totalitarismos europeos se decían extintos y que la democracia había triunfado.

En las siguientes páginas revisaremos algunas cuestiones que la filósofa señala respecto a la democracia en su libro *Persona y democracia* que consideramos una crítica y un cuestionamiento vigente que nos permite reconsiderar los alcances de la democracia en nuestro mundo contemporáneo y el papel que ésta juega en la construcción de la ciudadanía. Poniendo especial atención a una de las afirmaciones más duras que hace Zambrano: que la democracia puede enmascarar al totalitarismo

Democracia y ciudad

Lo primero que hay que señalar para adentrarnos en el tema es que para hablar de la de democracia y de su motor: el ciudadano, Zambrano establece (retoma del cristianismo) una categoría que le permite proponer un orden político en el que la libertad se despliegue sin la sombra del absolutismo: la persona.

¹ El autor agradece el apoyo del Proyecto PAPIIT 'Desafíos éticos de la diversidad cultural para una ciudadanía de calidad' IN403211-3.

Zambrano prefiere el termino persona al de individuo, porque “persona” incluye al individuo y algo que hay en él de irreductible, algo más que individuo. La autora también piensa que la comprensión del individuo como persona está estrechamente relacionada con la aparición de la ciudad (de cierto tipo de ciudad, al menos). Pues la filósofa observa que la aparición del ser humano como persona, en algún momento de la historia de Occidente, implicó el problema de buscar un lugar para albergar esta realidad humana.² Este espacio, señala Zambrano, es la ciudad —en un sentido amplio—. Como explicaremos a continuación hay una relación estrecha entre la ciudad y la posibilidad de la persona.

Esta relación ciudad-persona tiene implicaciones serias, como veremos, pues la existencia de la persona, dice Zambrano, conlleva también la necesidad de la democracia pues:

A medida que los hombres se van sintiendo individuos, y van teniendo que tiempo de pensar, el que ejerce el poder va teniendo la posibilidad, y aun la exigencia, de dudar y hablar en voz alta. De ahí que todos los déspotas teman el pensamiento y la libertad, porque el reconocer esa instancia les obliga a confesarse no a solas, sino en voz alta, lo cual significa ser persona [...].³

La democracia implica que los individuos hablen en voz alta, den explicaciones, sean cuestionados y cuestionen. Si hubiera que definir la democracia, nos dice Zambrano en *Persona y democracia*, “podría hacerse diciendo que es la sociedad en la cual no sólo es permitido sino exigido, el ser persona”.⁴ Más adelante explica que para ser persona “hay que querer serlo [...] Y al querer serlo se descubre que es necesario un continuo ejercicio, un entrenamiento”.⁵

En la democracia, ve nuestra autora, se hace patente un hecho innegable: la convivencia. En nuestro despliegue histórico, dice Zambrano, es la convivencia y no el destino lo que nos envuelve: “sabemos que convivimos con todos los que aquí viven y aun con los que vivieron. El planeta entero es nuestra casa”.⁶ La sociedad es el lugar

² *Persona y democracia*, p.59.

³ *Ibíd.*, p.22.

⁴ *Ibíd.*, p.133.

⁵ *Ibíd.*, p.152.

⁶ *Ibíd.*, p.16.

del hombre, afirma, “cuando el hombre sale de la comunidad en la que vive, si se extravía en la naturaleza el terror viene a su encuentro”.⁷

Solo la comunidad evita que el hombre “se espante de sí mismo”, señala nuestra autora, son los semejantes los que al poblar el espacio lo hacen habitable y sólo así el espacio deja de absorberlo todo, de amenazarla con borrar todo.⁸

La comunidad, dice, es la que nos da seguridad, la tranquilidad de tener un papel y una función. Requerimos de la comunidad, insiste la filósofa, porque:

la inmediatez de nuestro propio <<ser>> resulta amenazadora, porque al quedarnos solos, no sabemos quién es ese que vive y que piensa en nuestro fondo, y necesitamos regresar a la convivencia, allí en la comunidad, donde sabemos quién somos porque lo representamos.⁹

Es en la sociedad en donde se da el hombre. Pero, como ya mencionamos, Zambrano pide que los habitantes de la sociedad sean más que hombres y se vuelvan personas, de otra **manera** es la ciudad la que absorbe a los hombres a través del Estado y lo separa de sí mismos. El individuo en algún momento piensa que es él el que ha formado a la sociedad (contrato social) y no viceversa.

Ser persona, en cambio, nos dice Zambrano, es más que el individuo: “Es el individuo dotado de conciencia”.¹⁰ Y existe cierta analogía entre conciencia y ciudad para Zambrano, la conciencia, dice, es un medio donde convivimos así como nos relacionamos en la ciudad. En ambas, ciudad y conciencia, el hombre es poseedor y es poseído, así el individuo consciente vive en la ciudad, pero la ciudad también vive en él:

La ciudad vive en cada uno de los ciudadanos: cada uno de ellos a solas la piensa, la siente, y en cierto modo la posee; es suya, y a la inversa, siente pertenecerle y siente que ella le pertenece.¹¹

A veces, advierte nuestra autora, esta posesión mutua de la ciudad se vuelve tan fuerte que el individuo sucumbe ante esta relación, tal es el caso de Sócrates, que

⁷ *Ibíd.*, p.97.

⁸ *Íd.*

⁹ *Ibíd.*, p.98.

¹⁰ *Ibíd.*, p.103.

¹¹ *Ibíd.*, p.111.

prefiere vivir la muerte que vivir desligado de la ciudad que lo hizo libre.¹² Y aunque a veces la ciudadanía se entrelace con la muerte, Zambrano está segura, al menos en un primer momento optimista,¹³ que “la ciudad, primera forma de vida democrática, es el medio de visibilidad del hombre, donde aparece en su condición de ser humano”.¹⁴

El ser humano, explica Zambrano, además de vivir en la ciudad posee un mundo interior donde su soledad lo espera. Este *dentro*, dice, es el privilegio de la condición humana.¹⁵ En esta interioridad se pasa de ser un mero individuo a ser una *persona*, a quien se le reconoce una vida moral, responsable y digna, susceptible de ser castigada y declarada culpable. Y todavía más, advierte nuestra autora, “se hace apelación a ella cuando se le pide—como es notorio se ha dado el caso— que se sacrifique, pues sólo la persona es capaz de sacrificio”.¹⁶

La persona, dice Zambrano, “vive en soledad, y por lo mismo, a mayor intensidad de vida personal, mayor es el anhelo de abrirse y aun de vaciarse de algo; es lo que se llama amor, sea a una persona, sea a la patria, al arte, al pensamiento”.¹⁷

Es en la persona donde se une el tiempo, nos dice Zambrano con ecos eminentemente agustinianos, en ella el presente se arroja hacia el pasado, así queda vacía y disponible para el futuro. El arrojar lo presente al pasado, explica nuestra autora, requiere que después se regrese a lo vivido y se le organice, y así se crea espontáneamente la historia.¹⁸

Al ejercer la historia, cuando el hombre se pregunta por qué está pasando algo: “la persona asciende a un plano temporal superior por más uno: unifica en cierto modo el tiempo que es heterogeneidad, diversidad que fluye, disyunción”.¹⁹

Los problemas de la democracia

¹² *Ibíd.*, p.112.

¹³ Años después Zambrano escribirá en el prólogo de *Persona y democracia* una visión menos optimista de la democracia, pues ya ha tenido oportunidad los fracasos y las desviaciones que ésta puede conllevar.

¹⁴ *Ibíd.*, p.112.

¹⁵ *Ibíd.*, p.119.

¹⁶ *Ibíd.*, p.121.

¹⁷ *Ibíd.*, p.17.

¹⁸ *Ibíd.*, p.131.

¹⁹ *Id.*

A pesar de que hay una relación estrecha y necesaria entre la democracia y la posibilidad de la persona, Zambrano mantiene una postura crítica a la democracia, especialmente en la etapa contemporánea cuando en los discursos políticos se asume que ésta ha dejado de ser una utopía e ideal y se ha constituido como la forma de vida humana.

Nuestra autora observa que las dificultades de la democracia no son pocas, pues pareciera que el mayor obstáculo al que el hombre se enfrenta en ella es el mismo hombre: “El hombre al afirmarse a sí mismo ha tropezado consigo mismo, se ha enredado con su propia sombra, con su propio sueño, con su imagen; el sueño de su poder y aun de su ser llevado al extremo, convertido en absoluto”.²⁰ La persona, dirá, implica hasta cierto punto un cierto absoluto irrenunciable, que sin embargo, resulta peligroso si se lleva al ámbito social.

Para nuestra autora el problema es que los absolutos que quieren detener y retener el tiempo para mantener un mismo estado de cosas. De esta manera el absolutismo anula el pasado y oculta el porvenir.²¹ Como ya observamos, la persona, sin embargo, no puede desplegarse en el tiempo absoluto, el tiempo que corre es requisito para la libertad, “tiempo y libertad son inexorables en la vida humana, expresa la filósofa.²² A la persona no se le puede encerrar, es en parte imprevisible en sus acciones y modos de conducta. “Nunca se conoce enteramente a una persona, aunque esta persona sea la propia”.²³

La persona se revela a sí misma continuamente, y es la realidad desde el cual la realidad se revela, dice Zambrano. A la persona: “una luz nueva puede llegarle en cualquier instante; un horizonte más amplio se le puede descubrir, un mayor conocimiento o una capacidad de entrega desconocida o una energía sin precedentes”.²⁴

En términos políticos, señalábamos, Zambrano habla de “personas” y no de “individuos”. La democracia, sin embargo se juega en la categoría de pueblo y no de

²⁰ *Ibíd.*, p.59.

²¹ *Ibíd.*, p.91.

²² *Ibíd.*, p.90.

²³ *Ibíd.*, p.125.

²⁴ *Id.*

personas y ahí, señala nuestra autora, hay otra dificultad que podría indicarnos que una vez que la democracia se proclama como “realizada” en el mundo, habrá que plantearla en otros términos. Pues en la actualidad la democracia se encuentra en una estación más avanzada que cuando era solamente un ideal y una definición: “gobierno del pueblo”. ¿Qué puede significar ahora la democracia?, señala Zambrano, ¿Acaso ya todos somos pueblo?²⁵

La palabra “pueblo”, dice nuestra autora, está cargada de sentido, y en su uso contemporáneo parece más bien utilizada para “enmascarar fines inconfesables”, y no tiene un valor verdadero como eje de la política. Como “pueblo”, en los regímenes políticos, palabras como “democracia”, “libertad” están amenazadas a ser utilizadas retóricamente, con un significado que se ha vuelto ambiguo, en tanto que se usaron para estaciones anteriores a las nuestras. Estas palabras dice Zambrano:

[Parece] que han quedado superadas por su futuro, por el futuro que ellas alentaban. Haría falta entonces para sustituirlas otras palabras que fuesen el receptáculo de ese futuro por ellas señalado, a través de ellas abierto.²⁶

Zambrano advierte, sin embargo, que muchas de esas palabras que en ocasiones se usan como monedas sin valor, contienen futuros que en realidad no fueron actualizados y que nos fue imposible vislumbrar como un presente. Queda claro que ese es el privilegio, pero también la tragedia sobre la que se erigen ciertas palabras que anhelan realidades.

Las palabras, advierte la filósofa, presiden en constelaciones épocas, civilizaciones. La época actual, nos dice, requiere que la palabra «persona» integre la constelación de la palabra democracia.²⁷ El ser humano como persona, decíamos siguiendo a Zambrano, es la realidad nueva que se ha abierto paso a través de la historia. Y desde la persona se puede resignificar la noción de pueblo. Pues no debemos olvidar que el hombre es persona antes de integrarse al pueblo y lo que constituye al pueblo, las clases sociales. Y se sigue siendo persona, aunque se gobierne por el pueblo y para el pueblo.²⁸

²⁵ *Ibíd.*, p.134.

²⁶ *Ibíd.*, p.135.

²⁷ *Id.*

²⁸ *Id.*

En las clases sociales, que mencionamos, Zambrano señala otra dificultad, pues qué tanto se puede hablar de democracia cuando el “pueblo” está dividido en clases. ¿Cómo superar las dificultades que la existencia de clases plantea, incluso sin tener que pedir, necesariamente, su desaparición?

Y más allá de este cuestionamiento, ¿a qué pueblo se refiere la definición de democracia: a un pueblo formado por todas las clases sociales (1), o más bien, al conjunto de clases no privilegiadas al que casi peyorativamente se le denomina “pueblo” (2)?

La diferencia entre pueblo (2) y cualquier casta privilegiada o minoría superior es que su realidad y su valor, dice la autora, “reside simplemente en estar compuesto de hombres, de seres humanos, en que en él aparece la realidad humana sin aditamento alguno”.²⁹ Es el hombre sin máscara, ve Zambrano, libre de personaje:

Decir pueblo es decir «ecce homo», más no como individuo, sino en toda la complejidad y concreción del hombre en su tierra, en su tiempo, en su comunidad. La realidad de lo humano concreto, sin más.³⁰

El pueblo (2), dice Zambrano, es el sujeto sobre el cual se apoyan las estructuras de la historia y en el que se dan los cambios, es la materia de la forma social y política, “el caudal de la vida humana disponible para toda empresa; la sustancia, en suma”.³¹ El pueblo (2), escribe nuestra autora, es el acreedor universal:

Lo es en medida en que es el heredero universal, de todos los bienes intelectuales, morales, económicos, que el hombre ha descubierto y conquistado. Y como ciudadano, de la libertad, del derecho al trabajo, de la justicia, de la dignidad inherente a ser persona humana y de todo lo que de ello se deriva.³²

El pueblo (2) observa la filósofa de Málaga, nos aparece como algo inagotable, ilimitado, cuyos movimientos son imprevisibles.³³ En muchas ocasiones se equipara a una fuerza de la naturaleza, hasta exigir la justicia por la propia mano. Es un ser que sueña con la revolución, aquel “proceso instantáneo con el cual el hombre occidental

²⁹ *Ibíd.*, p.136.

³⁰ *Id.*

³¹ *Id.*

³² *Ibíd.*, p.143.

³³ *Ibíd.*, p.138.

ha soñado y querido librarse de las pesadilla histórica”.³⁴ Es este pueblo el que muchas veces comete hazañas y también crímenes: “El mismo pueblo de Madrid, años más tarde de su revuelta contra Napoleón, grita, «Vivan las cadenas». El mismo pueblo de Paris sigue los cortejos de la diosa Razón y no se sacia de ver funcionar la guillotina”.³⁵

Hay un pasaje de *Persona y democracia* que describe perfectamente este sentimiento de cautela que Zambrano pide:

A cada periodo de esplendor de esta luz, triunfo de lo humano, ha seguido una caída en la oscuridad, como si nos hubiésemos cegado repitiendo el suceso de Edipo que, engeguedido quizás por su victoria, vino a caer en el crimen que huía. Porque hasta ahora, en todos los dinteles que el hombre ha atravesado en su carrera, un crimen le acechaba.³⁶

Zambrano explica este movimiento entre la hazaña y el crimen, señalando que el pueblo (2), pocas veces se siente en realidad parte del pueblo (1) al que aspira la democracia, en realidad pocas veces se le hace parte. “Por eso, dice Zambrano, cuando la esperanza se actualiza y se desata, es el momento de máximo peligro”.³⁷ En ese momento el pueblo (2) cansado de que sin miramientos se especule con su hambre y su esperanza puede cometer los peores delitos. El problema como vemos, tiene origen en que la democracia no ha logrado conseguir que sea el pueblo en su totalidad (1) el que gobierne, y más bien ha fomentado un gobierno para el pueblo (2), sin el pueblo (2).

Al respecto se pregunta Zambrano: “¿Cómo hubieran surgido [las ideologías demagógicas] si, en efecto, todos los que forman parte de una sociedad hiciesen parte del pueblo en igual manera; si pueblo y sociedad fuesen los mismos; si sus límites coincidieran sin diferencia alguna?”.³⁸

Zambrano señala, sin embargo, que una sociedad no hubiera podido estar integrada solamente por el pueblo (2). Pues el pueblo comprendido de esta manera no puede conquistar todos sus bienes, no sólo por falta de posibilidades, sino también

³⁴ *Ibíd.*, p.13.

³⁵ *Ibíd.*, p.138.

³⁶ *Ibíd.*, p.38.

³⁷ *Ibíd.*, p.142.

³⁸ *Ibíd.*, p.143.

por algo esencial: porque en muchas ocasiones es el individuo el que piensa, crea y descubre.³⁹ Y ese individuo, a veces viene del pueblo(2), pero también, frecuentemente, de otra clase.

Como vemos el mayor problema de la democracia es que se juega entre dos significaciones de pueblo: el pueblo (2) “como la realidad anónima humana que padece más que hace la historia”⁴⁰ y que interviene sólo en momentos extraordinarios, y el pueblo (1) que se refiere a la totalidad, que incluye a todos los miembros de una sociedad. La democracia ha fallado en tanto que no ha logrado surgir desde esa totalidad y más bien ha degradado al pueblo (2) a ser *masa*.⁴¹

Existe además de pueblo otra categoría que no puede pasarse por alto cuando se habla de democracia: el concepto de minoría.

Zambrano observa que la minoría es una nueva clase que surge dentro de la democracia, o más bien, es un grupo que casi siempre está integrada por grupos de diferentes clases sociales que se reúnen en torno a un fin. A diferencia de la clase, en la cual se nace, la minoría, dice nuestra autora, “«no está ahí», viniendo del pasado; ha surgido, ha sido inventada, creada y se mantiene”.⁴²

La democracia tiene la dificultad de tener que incluir a las minorías. Que las minorías se puedan integrar depende de que haya pueblo (1) y que el pueblo como clase comience a contar más que las clases sociales y de que el pueblo (2) ceda terreno al pueblo como unidad de todos.⁴³

Las minorías, dice Zambrano, son las que frecuentemente despiertan al pueblo(2), cuando lo hace sentirse a sí mismo, cobrar conciencia de su fuerza y

³⁹ *Ibíd.*, p.144.

⁴⁰ *Id.*,

⁴¹ Julieta Lizaola al respecto de este tema, señala que la preocupación de Zambrano es “cómo revertir el sometimiento y la manipulación que se traduce en la aparición de masas, en la negación de las personas, identificadas ya por su incapacidad para identificar sus verdaderas necesidades, y con una exigua capacidad para reconocerse unos en otros”. “Ciudad y Sacrificio”, p.2. Es pertinente recordar aquí las palabras de Hannah Arendt, quien explica que: “Las masas no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común [...] no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común” (Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 200, p.457).

⁴² *Persona y democracia*, p.150. Zambrano estaría pensando en las agrupaciones feministas, grupos de intelectuales o políticos, que proviniendo sus miembros de diversos estratos sociales, se unen por un fin.

⁴³ M. Zambrano, *Persona y democracia*, p.153.

derechos. “Es el momento revolucionario”, con todos los peligros que ya hemos señalado.⁴⁴

Hacia una nueva democracia

Zambrano a lo largo de *Persona y democracia* señala que está esbozando una sociedad humanizada, donde no sólo es posible, sino necesario la persona. Si bien la democracia ha parecido acercarnos a ese horizonte, también en muchas ocasiones hemos sufrido “el infierno de la democracia”.⁴⁵

Nuestra autora critica que la democracia con frecuencia es una mera caricatura, un “andar a tientas”. Muchas veces existe en negación de sí misma, en contradicción de sí misma.⁴⁶ A veces es la democracia la que permite que surjan regímenes totalitarios y que lleguen verdaderos criminales al poder. Hay ejemplos en los que la democracia ha ayudado a regímenes totalitarios, que a su vez niegan la democracia en esencia, pero la afirman demagógicamente al mismo tiempo.⁴⁷

Ejemplo de ello es para Zambrano el periodo entre las guerras mundiales, momento en que se quiso afirmar la democracia sin que hubiera posibilidad de que existieran “personas”. En vez de personas lo que había era “la existencia creciente de una masa desarraigada, y como tal, inquieta, viviendo en el espacio vacío de las ciudades industriales o en «la tierra de nadie» de los sin trabajo”.⁴⁸ Para ellos, dice nuestra autora, las palabras prometedoras de la democracia suenan a burla.

La vida de estas masas, dice, se reducía a trabajar en condiciones deshumanizantes, haciéndolos formar sólo parte de una cadena de producción: un instrumento. ¿Qué reciben a cambio estas masas? Un salario insuficiente. Y aunque un alza en el salario, acepta Zambrano, no arreglaría la cuestión: “Sería siempre mejor que el salario fuese suficiente. Pues se trata de sentirse como persona y no como simple instrumento de producción”.⁴⁹

⁴⁴ *Id.*

⁴⁵ *Ibíd.*, p.156.

⁴⁶ *Id.*

⁴⁷ *Id.*

⁴⁸ *Id.*

⁴⁹ *Ibíd.*, p.157.

Y si la situación de los empleados de fábricas era desesperanzadora, qué decir de los “sin trabajo”, cuya situación se observa más degradante: “Pues pone más en evidencia para la persona el ser tratado como medio, como cosa: un tornillo que sobra, una rueda sin máquina donde dar vueltas”.⁵⁰

Zambrano reconoce que muchas de estas son consecuencias también del liberalismo, aquella doctrina prometedora que había establecido una fe en el progreso, pero además, según lo que nos dice José Luis Mora García, Zambrano advierte que “el liberalismo no ha podido resolver el problema de la esclavitud pues cuando se enfrenta el problema de la igualdad, ésta es irrealizable sino modificando el propio liberalismo”,⁵¹ en otras palabras, explica Mora, esto significa que para Zambrano los postulados espirituales del liberalismo no pueden realizarse con la economía liberal.⁵²

Es en este horizonte en que el Tercer Reich llega al poder en Alemania, democráticamente. Zambrano afirma que en otras condiciones, esa democracia de infierno pudo haberse resuelto de otra manera:

No hubiera sido necesario el alucinar a las masas con una mitología, el galvanizarlas con espasmódicos entusiasmos. No se le hubiera embriagado con ese ritmo de los discursos hitlerianos, en que las palabras servían de soporte a una especie de «tam tam» de tambor mágico. Y la droga de las paradas y desfiles, la continua apelación a los impulsos más irracionales; ese regreso a una oscura magia.⁵³

El absolutismo de Hitler en Alemania, de Mussolini en Italia o de Franco en España, ve Zambrano, invierten la democracia, la llevan al infierno aprovechándose del pueblo, afirmándolo irresponsablemente sin, en esencia, afirmarlo. Las democracias absolutistas no son democracias, declara Zambrano. “Pues la sociedad o el modo de vida democrático es la liberación y disolución de todo absolutismo”.⁵⁴

⁵⁰ *Id.*

⁵¹ José Luis Mora García, “María Zambrano. España y Europa: un mismo horizonte”, pp.34 y ss.

⁵² Si bien estoy de acuerdo con lo que indica José Luis Mora, se debe tener cuidado con el concepto de liberalismo en Zambrano, que heredera de la tradición hispánica, no entiende el liberalismo como los clásicos ingleses sino como la búsqueda de la libertad del hombre, sin la carga ideológica que supone para los liberales del siglo XVII-XVIII.

⁵³ M. Zambrano, *Persona y democracia*, p.159.

⁵⁴ *Ibíd.*, p.160.

La historia del globo nos da muchos ejemplos qué sumar a los que ofrece Zambrano, para darnos cuenta qué lejos están nuestras “democracias” de erradicar verdaderamente el absolutismo. Pero a pesar de las dificultades y de que hemos llegado al “triunfo de las democracias sin acabar de vislumbrar sus beneficios”, María Zambrano piensa que la democracia es tal vez el único camino para que prosiga la llamada cultura de Occidente.⁵⁵ Hoy, dice Zambrano “no se ve ya el sacrificio [...] Todo está salvado y a la par todo está destruido o en vísperas de destruirse”.⁵⁶

La pregunta válida que podemos hacer a nuestra pensadora es ¿cómo llegar, entonces, a una verdadera democracia?

La respuesta que ofrece Zambrano en *Persona y democracia* es que se tiene que realizar la democracia desde la ética, pues la ética desde hace siglos ha logrado conciliar el absoluto y la libertad. La ética permite que la democracia quiera algo absolutamente, pero que lo quiera en el tiempo y a través de todas las relatividades.⁵⁷

La ética implica que la persona en convivencia incluya en su área a la totalidad de la sociedad y que comprenda que el presente de cada clase, de cada persona y grupo es distinto, y “esta sola consideración debería impedir cualquier absolutismo”.⁵⁸ Así la democracia, dice Zambrano, será la unidad de la multiplicidad. La persona en la democracia debe estar atenta a que las situaciones vitales cambian constantemente y debe estar dispuesta a corregirse cuando así se requiere.

José Luis Mora explica que el compromiso social planteado por Zambrano, nos obliga a transformar la sociedad para que pueda acoger a la persona humana, así deben corresponderse en la democracia la intimidad del espacio interior de la persona y la ciudad como espacio habitable donde la persona pueda desplegarse.⁵⁹

Nuestra autora señala una y otra vez, que la importancia de la democracia es que es algo que se crea entre todos, pero todos en tanto personas:

El orden democrático se logrará tan solo con la participación de todos en cuanto personas, lo cual corresponde a la realidad humana. Y que la igualdad de todos los hombres, «dogma» fundamental de la fe democrática, es igualdad en tanto que

⁵⁵ *Ibíd.*, p.7.

⁵⁶ *Ibíd.*, p.8.

⁵⁷ *Ibíd.*, p.161.

⁵⁸ *Id.*

⁵⁹ José Luis Mora García, “María Zambrano. España y Europa: un mismo horizonte”, pp.42 y ss.

personas humanas, no en cuanto a cualidades o caracteres; igualdad no es uniformidad. Es, por el contrario, el supuesto que permite aceptar las diferencias.

La cuestión estriba, finaliza Zambrano, que “no es posible elegirse persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás. Y los demás son todos los hombres”.⁶⁰En esa elección, dice nuestra autora, *no se acaba el camino: más bien empieza.*

Bibliografía

Lizaola, Julieta, *Lo sagrado en el pensamiento de María Zambrano*, Ediciones Coyoacán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008.

_____, “Ciudad y sacrificio”, 2011 (en prensa).

Mora García, José Luis, “María Zambrano. España y Europa: un mismo horizonte”, *Antígona*, 4, Fundación María Zambrano, 2009, pp.9-44.

Zambrano María, *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Anthropos, Barcelona, 1988.

⁶⁰ *Ibíd.*, p.165.